HOMILÍA EN LA EUCARISTÍA CON MOTIVO DE LA VISITA DE NUESTRA SEÑORA, LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS, AL CEMENTERIO DE VERA

1 de noviembre de 2026

Ap. 7, 2-4. 9-14.
1 Jn 3, 1-3
Mt 5, 1-12a

La solemnidad de Todos los Santos nos invita a contemplar con esperanza el destino al que Dios nos llama. Nuestra fe nos recuerda que quienes mueren en gracia y amistad con Él, perfectamente purificados, viven para siempre con Cristo. Son para siempre semejantes a Dios, porque lo ven tal cual es, cara a cara (1 Jn 3,2). La muerte, por tanto, no es la última palabra sobre nuestra existencia, sino el paso hacia la vida en plenitud que el Señor nos ha prometido.

Esta esperanza adquiere hoy un significado especialmente entrañable con la visita histórica de la Imagen de Nuestra Señora la Virgen de las Angustias, patrona de Vera, a este cementerio. María viene al encuentro de sus hijos, también de aquellos que ya han terminado su peregrinación terrena y descansan en este lugar. Muchos de los que aquí reposan la invocaron durante años,

acudieron a Ella en sus alegrías y dificultades, le confiaron sus preocupaciones y encontraron en su mirada maternal consuelo y fortaleza. Hoy, de alguna manera, sus caminos vuelven a encontrarse: quienes un día rezaron ante su Imagen esperan ahora contemplarla en la plenitud de la vida eterna, junto al rostro de su Hijo Jesucristo.

¡Qué hermoso y profundo significado tiene este encuentro! La Virgen que tantas veces escuchó sus oraciones viene hoy a visitar el lugar donde descansan sus cuerpos, mientras nosotros los encomendamos a la misericordia de Dios y confiamos en su promesa de vida eterna. Y nosotros, al contemplar esta Imagen entre las tumbas de nuestros seres queridos, no venimos solamente a recordar a quienes nos han dejado, sino a renovar nuestra fe en que la vida no termina, sino que se transforma. La Virgen de las Angustias, que permaneció firme junto a la cruz de su Hijo, nos enseña también a permanecer firmes ante el misterio de la muerte, sostenidos por la certeza de la Resurrección.

Llegar a ser santos es la vocación y la tarea de todo cristiano. Consiste, ante todo, en vivir como hijos de Dios, dejando que su gracia transforme nuestra existencia. Y el Evangelio que hoy hemos

proclamado, las Bienaventuranzas según san Mateo, nos señala precisamente el camino de esa santidad. Jesús llama dichosos a los pobres de espíritu, a los humildes, a los que lloran, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a quienes trabajan por la paz y a los que tienen hambre y sed de justicia. Nos descubre así que la verdadera felicidad no está en el éxito, el poder o las seguridades de este mundo, sino en vivir abiertos a Dios y entregados al amor. Las Bienaventuranzas son el retrato de Jesús y, al mismo tiempo, el camino que estamos llamados a recorrer para parecernos cada día más a Él.

María es para nosotros el modelo perfecto de esta santidad. Su vida fue una entrega confiada a Dios; supo escuchar su Palabra, acoger su voluntad y dejar que el Señor actuara en ella. Su respuesta, «Hágase en mí según tu palabra», expresa la actitud de quien permite que Dios sea el verdadero protagonista de su vida. En Ella descubrimos también el espíritu de las Bienaventuranzas: la humildad de quien se sabe en manos de Dios, la misericordia de quien canta su amor, la fortaleza de quien permanece junto a la cruz y la limpieza de corazón de quien ha hecho de su vida una entrega incondicional. Por eso María es la mujer creyente, la discípula perfecta y el camino que nos señala a Cristo.

El camino hacia la santidad está jalonado por las pruebas y dificultades de esta vida, pero no lo recorremos solos. Caminamos apoyados en el amor y la gracia de Jesús, que ha conocido nuestro sufrimiento, ha pasado por la muerte y la ha vencido con su Resurrección. Las Bienaventuranzas nos recuerdan que incluso en medio del llanto, la pobreza, la persecución o el sufrimiento podemos ser felices, porque Dios no abandona a sus hijos y porque su promesa va mucho más allá de las circunstancias presentes. Nuestra existencia terrena es, por tanto, un tiempo de gracia, una peregrinación y una preparación para la vida eterna. Cada día, cada gesto de amor, cada perdón, cada servicio y cada entrega van disponiendo nuestro corazón para alcanzar aquella vida en plenitud en la que Dios será todo en todos.

La Eucaristía hace especialmente palpable esta verdad, porque en ella participamos ya de la liturgia del cielo hacia la que caminamos. Como nos recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica (1370), nos unimos anticipadamente a la liturgia celestial y a la Iglesia que ya goza de la gloria de Dios. En cada celebración eucarística, el cielo y la tierra se encuentran, y nuestra esperanza se alimenta con la presencia de Cristo resucitado.

En esto consiste también la comunión de los santos: en esa profunda unión que existe entre quienes peregrinamos todavía en la tierra, quienes se purifican y quienes ya participan de la gloria de Dios. Los santos, unidos más íntimamente a Cristo, interceden por nosotros y nos ayudan a consolidar nuestro deseo de santidad. Y nosotros, al recordar a nuestros difuntos, los encomendamos a la misericordia del Señor, confiando en que su amor es más fuerte que la muerte.

Esta verdad de fe nos hace comprender que quien se acerca a Dios necesariamente se acerca más a sus hermanos. La santidad nunca nos encierra en nosotros mismos, sino que nos hace vivir más intensamente el amor, la fraternidad y la entrega. La salvación es fruto de nuestra respuesta al amor que hemos recibido de Dios y que estamos llamados a compartir con los demás.

Que la presencia de la Virgen de las Angustias en este cementerio nos ayude a mirar más allá de las tumbas y a descubrir, con los ojos de la fe, el horizonte de la Resurrección. Ella, que acompañó a Jesús hasta la cruz y participó de manera singular en su victoria sobre la muerte, nos enseña a vivir y a morir con esperanza.

Pidámosle que cuide de nuestros difuntos, que consuele a quienes sienten el dolor de su ausencia y que nos ayude a vivir nuestra existencia como un camino de santidad, haciendo vida las Bienaventuranzas y preparando cada día el encuentro definitivo con Dios. Que un día podamos reunirnos todos en la casa del Padre, donde ya no habrá llanto ni dolor, y donde contemplaremos para siempre el rostro de Cristo, acompañados por María, nuestra Madre.

Porque el destino último de nuestra vida no es la muerte, sino la vida; no la oscuridad de la tumba, sino la luz de la Resurrección; no la separación, sino el encuentro definitivo con Dios.

Santa María, Virgen de las Angustias, patrona de Vera, ruega por nosotros y por todos nuestros difuntos. Amén.